

#NiUnaMenos

Agustín Nicolas Molina



Capítulo 1

22 de Octubre. Año 2012.

Se miró al espejo. Estaba hermosa. Susana había pasado las últimas dos horas arreglándose para el cumpleaños de Cristina, su mejor amiga. Se había planchado el pelo y hecho una delicada trenza que recogía el pelo sobre su oreja derecha. Se había maquillado poco, porque poco maquillaje necesitaba. Unas sombras en los ojos y listo.

Se alejó un poco para verse de cuerpo completo. El vestido negro resaltaba sus curvas, en especial esa que dejaba entrever una blanca hilera de dientes. Estaba satisfecha. Estaba hermosa.

Cuando vio el reloj comprobó que le había sobrado tiempo. Pensaban reunirse en casa de Cristina a cenar, una cena para familiares y amigos cercanos. Luego se irían de fiesta a un boliche que había abierto hacía poco. Llevaban planeándolo casi un mes. Y no era para menos, la treintena no iba a pasar desapercibida.

Se sentó en el sillón y prendió la tele. Raquel la pasaría a buscar en menos de una hora. Cambió de canal sucesivas veces, todos estaban plagados de noticiarios. Los noticiarios, a su vez, estaban plagados de muertes. Aquella noche no podía preocuparse por esas cosas.

Se escuchó la puerta al abrirse y los pasos de Esteban en el pasillo. El ruido de los tacos de los botines golpeando el piso delataba cada paso.

-¿No traerás los pies con barro, verdad? –dijo Susana. No quería que el piso se le ensuciase. No quería tener que limpiarlo otra vez.

-No, no –se escuchó por el pasillo-.

Siguió cambiando canales hasta que encontró un reality de supervivencia, uno de esos programas en los que llevan a diferentes parejas a la selva y los dejan por unos días para ver cómo se las ingenian. Lo dejó ahí.

-Su, ¿tengo camisas planchadas? –La vos de Esteban salía ahora del baño. El agua de la ducha repiqueteaba en el piso.

-No sé, ¿por?

-Vamos a salir con los vagos, necesito una. –Varios segundos de silencio, solo interrumpido por el agua cayendo en la ducha y en la selva- Fíjate si hay.

Se levantó del sillón, caminó hasta la puerta y se encontró con terrosas huellas que conducían a la habitación. Se acercó a la puerta del baño.

-Vas a tener que limpiar esto –dijo. No obtuvo respuesta.

Entró a la pieza. Un bulto de vendas, medias y ropa transpirada descansaba en la cama. Hizo caso omiso de ello y fue hasta el placar. Sacó dos camisas. De entre todas las que Esteban tenía, esas eran las más lindas. Abrió otra puerta y bajó la tabla. Conectó la plancha y esperó.

Cuando la plancha estuvo caliente, planchó ambas camisas. El ruido del agua había cesado. Esteban entró chorreando a la habitación, envuelto de cintura para abajo por una toalla. Se quedó mirándola.

-¿Y vos que haces así vestida? –dijo. Se acercó al placar y comenzó a buscar algo de ropa.

-Es el cumpleaños de Cristi –respondió, dejando las camisas en la parte libre de la cama y sentándose a su lado.

-¿Y piensas ir así? –dijo él, despectivamente.

-Es una cena formal, no veo por qué no.

-No me refiero a eso, y lo sabes. Ya hemos hablado de esto. –La miró fijo- No me gusta que te vistas como una puta.

-Ay, Esteban, no empieces. No sé qué le ves de malo. Me puse este vestido una vez que salimos juntos y ahí no pareció molestarte, buen que te gustaba.

Esteban, entre tanto, había comenzado a vestirse. Un pantalón negro, algo ceñido, los zapatos claros en punta y la camisa rosa que Susana le había planchado.

-No es lo mismo. Y no voy a discutirlo. O te cambias, o no vas.

-¿Qué? ¿Es en serio? Sí voy a ir, no jodas. ¿Por qué no te cambias vos también, que vas tan arregladito?

La miró otra vez, sus ojos denotaban determinación.

-O te cambias, o no vas –repitió.

-No me voy a cambiar, y si voy a ir. No me voy a perder el cumple de Cris

por vos y tus caprichos.

Salió del cuarto indignada. ¿Qué le pasaba, acaso se creía dueño de su vida? Se sentó en el sillón. La pareja se encontraba colocando trampas entre la maleza.

Las suelas de los zapatos de Esteban se estampaban furiosas contra el suelo de camino a la salida. Un portazo y el sonido de la llave al mover los pestillos. El auto salió patinando.

Susana fue hasta la puerta. Del llavero que estaba a su lado solo pendían las llaves del almacén del fondo.

-Se llevó las llaves el hijo de puta.

Susana de paraba de maldecir en su mente cuando un auto estacionó en el frente de su casa. Tocó bocina y supo que era Raquel. Tomó su teléfono. Un simple "espérame un poco, ya salgo" fue lo único que escribió. Tenía que pensar. Había otro juego de llaves, pero no recordaba dónde lo había guardado. Lo había mandado hacer para casos como este, que no era el primero.

Su rostro se iluminó cuando, buscando en el ropero, tocó algo metálico. Listo, a disfrutar la noche.

-Ja, no, boluda, me dio mucha vergüenza. Me quería morir.

La cena había ido de maravilla, y la cara de Cristina lo reflejaba. A Susana le encantaba ver a su amiga reír de tal forma.

-Encima le dije al nene que sí –continuó Jimena. Iba contando un cómico malentendido que había tenido con una prima de Cristina y su hijo-.

-Che, ¿entramos gratis en este lugar? –preguntó Raquel, que iba manejando.

-Sí –dijo Cristina después de mirar la hora-. Hasta las tres no dejan entrar.

El auto continuó su camino, las charlas su curso y las risas siguieron sonando. Cuando por fin el auto se detuvo, Cristina fue la primera en hablar;

-Jime, ¿puedo meter mi celu en tu cartera?

-Sí –respondió esta, abriendo el cierre.

-El mío también –dijo Susana. Lo metió antes de recibir respuesta.

Bajaron del auto y vieron como Cristina bailaba mientras se acercaba a la puerta del lugar. Dio una vuelta y les sonrió.

-Creo que hoy la vamos a pasar muy bien –le dijo Raquel a Jimena mientras seguían a Cristina.

La música, las luces y el alcohol las embriagaban por igual. Sus cuerpos se habían rendido a ser manejados por el DJ hacía largo rato. Un tipo, alcoholizado de más, trataba de frotar su cuerpo con el de Raquel en una especie de danza grotesca, esta no hacía más que apartarlo de sí. El lugar estaba lleno de babosos que se acercaban a ellas constantemente, y constantemente eran rechazados.

A su alrededor, cientos de personas parecían bailar febrilmente, dando a translucir su goce. Susana los observaba de tanto en tanto, pensando que necesitaba otro trago.

-Voy a la barra, ¿qué compro? –preguntó.

-Un vodka –dijo Jimena. Era adicta al vodka.

-Voy con vos, tengo que ir al baño –Raquel era la única sobria del grupo.

Se abrieron camino a los baños a fuerza de codazos, empujones e, incluso, insultos.

-Compra mientras estoy en el baño –le dijo Raquel, antes de atravesar la puerta.

Susana se acercó al gentío que se agolpaba frente a la barra. Las bebidas eran vendidas al precio de costo, cortesía de la casa por la apertura, y todos querían sacar provecho de ello. Cada uno de ellos trataba de hacerse escuchar por sobre la música y la persona que tenían al lado.

Mientras esperaba sintió cómo una mano se cerraba en torno a su brazo, tirando de ella hacia atrás. Trató de zafarse, pero quien la sostenía era más fuerte que ella. Se volteó.

-No te había dicho que no ibas a salir –dijo Esteban. Su aliento olía a cerveza, y su cara indicaba que era mucha-. Veni.

Tiro de ella entre la gente, haciéndole daño a su brazo y a cualquiera que se le cruzase. La condujo hasta la puerta trasera. Una vez fuera, la soltó.

-No te había dicho yo que no ibas a salir –repitió, esta vez con más rabia que la anterior-. ¿Ah?

-No jodas, Esteban. No me iba a quedar en la casa como pelotuda.

-Y preferiste venir a buscar un macho acá. –Su respiración era cada vez más fuerte, y el color empezaba a subir por su rostro.

Susana giró sobre sus talones, dispuesta a irse. No iba a permitir que le hablara de esa forma. Sintió una mano en el hombro que la hizo girar, y otra en la mejilla, que la hizo caer.

-¿A dónde te vas, puta de mierda? No me vas a dejar hablando solo.

La puerta se abrió, y por ella apareció Raquel. Inmediatamente corrió hasta Susana, que escupía sangre en el suelo. Vio cómo Esteban la pateaba cuando intentaba ayudarla a ponerse en pie.

Sintió un golpe seco en el estómago, un puntapié que la dejó sin aliento, seguido de múltiples golpes que la dejaron sin conciencia. En medio de la noche, con el trasfondo de la música ahogada y los gritos de desesperación de su amiga, Susana desfalleció.

Capítulo 2

3 de Junio. Año 2016.

Habían pasado más de tres años, y el hombre que mató a su hija seguía en libertad. Habían pasado más de tres años, y Marcela seguía sin obtener una respuesta. Habían pasado más de tres años del día más doloroso de su vida. Y el dolor seguía latente, como si fuese aquel mismo día cuando tuvo que reconocer el cadáver de su hija, desfigurado por los golpes. Las lágrimas brotaban de sus ojos como si aquel día fuese el mismo día que se encerró en su habitación para llorar hasta quedarse dormida. La bronca permanecía intacta, como si fuese aquel mismo día el día en que vio al que un día fue su yerno sonreírle al salir del juzgado.

Pero ese día caminaba junto a miles de personas. A pocas de ellas conocía realmente, y sin embargo sentía el apoyo de todos. Por segunda vez se reunían para pedir justicia por Susana y Raquel, dos chicas que fueron asesinadas a golpes en la parte trasera de un boliche, cuando cometieron la terrible insensatez de festejar el cumpleaños de su amiga.

Pero también pedían por Verónica, Mónica, Micaela, Ayelén, Paula, Estefanía y todas las otras mujeres que tuvieron la desgracia de nacer mujeres en una sociedad que las desprecia, las violenta, las viola y las mata. Por todas esas mujeres que murieron víctimas de una ideología que pondera al hombre por sobre la mujer, haciéndolo acreedor absoluto de la vida de quienes representan "el sexo débil".

Eran cientos de personas que se reunieron en repudio al trato desigual que reciben "aquellas que no debieron salir de casa", "que tenían la pollera muy corta", "que eran unas putas", que eran mujeres. Cientos de personas que marchaban exigiéndole a la justicia y al Estado intervención, para que de una vez por todas se termine el calvario de ser mujer.

Eran cientos de personas que se unían bajo el grito de NI UNA MENOS, pero que realmente no hubiesen ni una menos.